

LA RECEPCION DE CHINA EN LAS CULTURAS HISPANICAS

1. EL DESCUBRIMIENTO

La extravagancia de que Europa pudiese dejar de comprender durante muchos siglos el valor de la cultura china, encastillándose en una visión egocéntrica de la historia, nos parece hoy inconcebible.

Veamos, en primer término, cuáles son las etapas de recepción de la imagen de China en Europa. Para lo cual debemos partir de la visión romana, que consideraba todo lo que no se cerraba dentro del *limes* romano como bárbaro o escita, como pueblo marginado y remoto, perdido en una inmensa nebulosa.

También China tuvo una conciencia pareja y casi contemporánea. Si Roma alzaba en la frontera de Escocia el «muro de Adriano», se intimidaba ante los feroces vascos, renunciaba a Asia, realizaba una acción paralela a la del emperador Tsin cuando alzó la Gran Muralla, para contener la amenaza de los tártaros.

La primera información *directa* no llega a Europa hasta el veneciano Marco Polo, que recorrió China a partir del año 1271, convirtiéndose así ese audaz y extraordinario viajero en el primer «importador» de su imagen. Así lo recuerda Luis Calvo: «El veneciano llegó a Catay—ese dulce nombre de Catay que él se inventó para la China y que define al sándalo, a la seda, a los crisantemos, a las porcelanas y a los jardines con música labrados en el monte de nieve—; llegó a Catay desde Bagdad y volvió a su tierra por el camino de Persia. Reinaba sobre Pekín un tártaro, el 'bárbaro' Gengis Khan, que había saltado con sus ejércitos la Gran Muralla, levantada precisamente contra los 'diablos de Mongolia' por el primer emperador Chin—el hombre que dio nombre a China—, doscientos cuarenta y seis años antes de Jesucristo.»

Marco Polo, en efecto, inventa la visión exótica y gigantesca, perfumada y poética de la China para el ensueño del hombre occidental.

En los primeros años del siglo xv, más de un siglo después del deslumbrador viaje de Marco Polo—cuyos datos descriptivos de China

son todavía útiles al viajero—, un español, Ruy González de Clavijo, realizó entre 1403 y 1406 otro viaje, si menos conocido, no menos interesante: la *Vida y hazañas del Gran Tamerlán, con la descripción de las tierras de su imperio y señorío*, en el que, recorriendo el Asia Central, siguiendo la ruta de Alejandro Magno, alcanza las ciudades de Trebizonda, junto al mar Negro; la de Samarcanda, capital de los «tajik» o persas (actual Tachikistán)¹, recorre las riberas del Golfo Pérsico (Ormuz), donde descubre naves que vienen precisamente de Catay en sólo diez jornadas de navegación, trayendo «aljófar y piedras preciosas», «rubíes, que no los hay finos salvo en Catay, y mucha especería de allí, que va a todas las partes del mundo».

Las primeras informaciones «modernas» proceden de los relatos de los jesuitas². No es extraño que uno de los primeros informadores fuese el padre Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús.

Las primeras referencias a China y a sus habitantes (a los que llaman los *chinas*) aparecen en la literatura española en el siglo xvii. En Góngora va unida al concepto de perfección minuciosa: «labró costoso el persa, extraño el *china* / rica labor, fatiga peregrina»³, que va a continuar como característica de los conceptos que ya recoge el Diccionario académico referido a un tejido bien labrado y de mucho precio.

Pero, junto a esta noción, es curioso que una connotación espiritual. En *El Criticón*, de Baltasar Gracián, se contrapone el carácter «cobarde» del chino frente al «valeroso» de los japoneses⁴, a los que llama «los españoles de Asia». Y así, en la *Armería del Valor*, éste distribuye «las espaldas a los chinas y el corazón a los japoneses», atribuyendo a los primeros la «lisura en el trato».

Recuérdese que San Francisco Javier había desembarcado en la bahía de Cantón (1552) poco antes de su muerte. La figura capital de esta penetración es la de Mateo Ricci (1552-1610), que llegó a Macao en 1582; a Nanking, en 1595, y a Pekín, en 1598, donde permaneció hasta su muerte. Conocedor de la lengua china, se empapó de la doc-

¹ Cuando yo visité hace unos años este curioso territorio, hoy república socialista soviética, me preguntaron si yo era de la tierra de Clavijo, el hombre que primero dio a conocer en Europa este país, cuya lengua y cuya cultura están vinculadas al mundo persa.

² Vid. «La imagen de China en Occidente», en el libro de FRANKE Y TRAUZETTEL *El imperio chino*, Madrid, Ediciones Siglo Veintiuno, págs. 185 y ss.

³ GÓNGORA: *Obras*, I, 123.

⁴ «Los jesuitas se introdujeron en la corte de los emperadores manchúes (1644-1912) como hombres de ciencia y misioneros. A los jesuitas de la provincia de Castilla y León se les encomendó el vicariato apostólico de Neguanwei, de 125.000 km² de extensión, con una población en el primer cuarto del siglo xx de veinticinco millones de habitantes. Por esa época establecieron unas doscientas escuelas. Los dominicos españoles recibieron el vicariato apostólico de Fukién Meridional o Amoy (60 escuelas)..., de Fukién Septentrional (162 escuelas). El Colegio de Santo Domingo de Fuchow, dirigido por los dominicos, ha sido durante mucho tiempo el centro docente español más importante de China. Los agustinos españoles recibieron el vicariato apostólico de Hunán Septentrional, con 104 iglesias y capillas y unas 60 escuelas.

A los franciscanos de la provincia española de Cantabria se les encomendó el vicariato de Shensi Septentrional, con un seminario y 39 iglesias y capillas» (*Enciclopedia de la Cultura Española*, volumen II).

trina de Confucio y fue el primero en proclamar que la evangelización sólo tendría éxito aproximando la moral cristiana a las orientaciones confucianas. La misión de Ricci creció fabulosamente: en 1636 tenía cerca de cuarenta mil creyentes. Este crecimiento demográfico tiene, como puede suponerse, una vertiente cultural.

Recuérdese, en este aspecto, la ingente tarea de nuestros misioneros y sus obras lingüísticas, como fray Martín de Rada (1572), fray Alvaro de Benavente (fines del siglo XVII), y la importante contribución del libro de fray Juan González de Mendoza *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de China* (Roma, 1585).

La información inicial sobre China en Europa madurga en los tratados españoles sobre la lengua de fray Martín de Rada (1577), Juan B. de Rada (1610) y fray Juan de Jesús (1610); en cuanto a la historia general, recordemos el libro de González de Mendoza: *Historia de las cosas más notables del reino de la China* (1585); Rivadeneyra: *Historia de China, Tartaria, Malaca, Siam y Japón* (1601); Morejón: *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús* (1601); Navarrete: *Tratado histórico de China* (1676); Aduarte: *Historia de Filipinas, Japón y China* (1693).

Creo que tendrá algún interés un pespunte de las presencias sucesivas de la remota China, a partir de este momento, y especialmente a partir de España, que anticipa, como acabamos de ver, muchas informaciones a Europa, y especialmente a través de los *jesuitas*. Téngase en cuenta que si Portugal tenía la pequeña colonia de Macao, España tenía en Filipinas una avanzadilla lingüística, religiosa y cultural mucho más importante, aparte su interés político y estratégico, en colisión con los intereses de los «moros» y de los holandeses e ingleses, que cometían depredaciones en las islas. La «nave de Acapulco», que venía a Manila de Méjico, en viajes regulares, tiene una enorme importancia en lo económico y en el intercambio de valores exóticos. Desde 1570 hay contactos con la China—no siempre pacíficos—, pero de gran interés ulterior para el intercambio comercial, que se traduce en una importante colonia de residentes procedentes del Celeste Imperio.

España, pues, tenía fuentes de información de la remota China, fuentes que había que aprovechar, sin duda.

Aquel hombre admirable, de curiosidad universal, que se llamó fray Benito Jerónimo Feijoo, quien en su *Teatro Crítico Universal* (ed. 1777)⁵ se ocupó con indignación de la ignorancia en que se halla el mundo occidental. Así, en el ensayo titulado *Mapa intelectual y co-tejo de naciones* (vol. II, págs. 299 y siguientes), elogia sus avances en

⁵ FRANKE Y TRANZETTEL: *El imperio chino*, Ediciones Siglo Veintiuno, pág. 262. Ver también páginas 285 y ss., págs. 383 y ss.

política, medicina, etc. Feijoo asevera que «podemos decir a favor de la Asia que ésta fue la primera patria de las Artes y las Letras» (id., página 310). Feijoo aporta nuevos datos en ensayos sucesivos. Y así, en el tomo VI (Discurso I, págs. 21 y sigs.), presenta «al Emperador hoy reynante en la China» como «uno de los más excelentes exemplares que tiene o tuvo jamás el mundo», alabando su liberalidad, su protección a los débiles, su magnificencia. En lo que se refiere a su nivel cultural, explica (vol. VIII, Discurso X) su lentitud en el progreso por «el excesivo respeto que profesan a la doctrina de sus mayores» (loc. cit., núm. 211), y señalando, por otra parte, sus prodigiosos avances en el campo de la irrigación y de los canales que regulan el agua que la agricultura necesita.

Quisiera hacer una referencia de apariencia anecdótica a una forma sutil de la presencia de China en el Occidente europeo: me refiero a la penetración del té. Cualquiera que no se detenga en la trivialidad superficial comprenderá la importancia de este influjo, que va más allá de la consumición de un brebaje, puesto que es toda una actitud ante la vida. Bastará repasar las páginas de una obra clásica, *El libro del té*, de Kakuzo Okakura⁶, para comprenderlo.

Al lado de los datos históricos de su antigüedad en China—que remonta al siglo VII—, anota los primeros rastros europeos en el libro de Marco Polo, pasando por el tráfico de los holandeses, que introducen la preciosa mercancía, creando la enorme difusión que sólo en Inglaterra hace posible, ya en el siglo XVIII, unas tres mil casas de té. Los historiadores de la literatura suelen recordar que el té es mencionado por primera vez en el *Diario de Samuel Pepys* (1684), y que Addison, en su *Spectator*, lo consideraba en 1711 como una necesidad nacional.

Pero, insistimos, no se trata de una bebida, sino de ceremonia. Cuando don Leandro Fernández de Moratín, a fines del siglo XVIII, nos cuenta asombrado la cantidad de cachivaches y adminículos que ha observado en Londres a la hora de servir el té, extrañándose de que se entregue a este ritual un pueblo de tanto sentido práctico como el inglés. Este sentido ceremonial, según Kakuzo Okakura, se inspira en el poder sublimador del té, recordando que cuando la invasión mongólica del siglo XIII se refugió en el Japón, que se convirtió así en el relicario de la espiritualidad oriental, hasta el punto de afirmar que «el teísmo es el taoísmo camuflado», y de describir la ceremonia del té en los más prestigiosos salones japoneses, que reciben el nombre de «Casa del

⁶ Del libro hay muchas traducciones a las literaturas europeas. En España tenemos ediciones al catalán (por «Marçal Pineda», es decir, CARLES SOLDEVILA, 1930) y una muy reciente (Ed. Kairós, 1978) al castellano por ANGEL SAMBLANCAT.

Vacío» y de «Casa de la Asimetría», de acuerdo con normativas vinculadas a la filosofía Zen.

Hacer una referencia a la resonancia del té en la cultura—la literatura y el arte—de la Europa occidental nos llevaría a una divagación excesiva y acaso innecesaria.

Creo que, en cambio, valdría la pena una referencia a la literatura española. En uno de mis libros—*España en sus espejos* (Plaza y Janés, ed.)—he tenido la curiosidad de señalar la cronología de la entrada del té en nuestra literatura, partiendo de una alusión anterior a la de Samuel Pepys, en la literatura española. Así, en los *Ocios poéticos*, del conde Bernardino de Rebolledo (1660), que fue embajador de España en la corte de Cristina de Suecia, leemos:

*es la té cierta planta de la China,
célebre como el Arbol de la Vida
y autores de Verdad y de doctrina,
el agua della dan por excelente.*

El matiz exótico de la hierba lo encontramos en una de las famosas *Fábulas literarias*, de Iriarte (1783), titulada *El té y la salvia*, en la que se refiere que

*el té volviendo del imperio chino
se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: —¿Adónde vas, compadre?
—A Europa voy, comadre,
donde sé que me compran a buen precio.
—Yo (respondió la salvia) voy a China
que allá con sumo aprecio
me reciben con gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
y jamás he podido hacer fortuna...
—Anda con Dios. No perderás el viaje,
pues no hay nación alguna
que a todo lo extranjero
no dé con gusto aplausos y dinero...*

Iriarte aplica esta moraleja, como es sabido, al campo de la literatura—al «comercio literario», dice—, recordando a tantos escritores que pudiendo recitar «quinientos versos de Boileau y del Taso», «puede ser que no sepa todavía» en qué lengua los hizo Garcilaso. Valdría la pena recordar el interés de Iriarte—hombre de múltiples curiosidades—por la China, aludiendo, por ejemplo, a su traducción en verso de la tragedia de Voltaire *L'Orphelin de la Chine*, que aparece bajo el título *El huérfano de la China* en el tomo IV de sus *Obras completas*.

Anotemos, como curiosidad, que el polemista Juan Pablo Forner tituló uno de sus opúsculos satíricos *Los gramáticos chinos*.

2. CHINA INTERESA A EUROPA

La remota China aparece como un lujo refinado y costoso. Baste, como ejemplo, la primorosa Sala de Porcelana del palacio de Aranjuez, modelo de lo que en toda Europa se llama ya *chinoiserie*, y punto de partida para lo que será la Real Fábrica de Porcelanas del Buen Retiro de Madrid, en cuya primera etapa (1759-69) se siguen las modas italianas de Capo di Monte (Nápoles), introducidas por Carlos III, bajo la dirección del italiano José Gricci, que creó el mencionado salón chino de Aranjuez, y en su segundo período, bajo la orientación de Cayetano Shipper (1770-83), el Salón de la China del Palacio Real de Madrid.

Proseguir la línea de la presencia de lo chino en la literatura y el arte de Europa nos conducirá a un análisis de las formas del rococó y sus elementos exóticos, y nos llevaría más adelante a analizar los elementos estéticos del refinamiento del *fin-du-siècle* francés, en torno a lo que recibe el nombre de *chinoiserie* y puede definirse en función de lo minoritario y lo exquisito. Un nombre rutilante, el de los hermanos Goncourt, bastaría para marcar un hito muy considerable en la historia de la estética.

Pero más curioso es el carácter anecdótico de esta presencia. Europa, que interviene en China, a partir de 1842—primera guerra del opio—, con una escandalosa depredación que se ampara en descarados intereses mercantiles, no pasa de ser una anécdota decorativa de biombos y palanquines.

Sólo a mediados del siglo XVIII empieza Europa a apercebirse de que al otro lado del mundo existe «otro foco de civilización» que no puede ser juzgado con el menosprecio olímpico que el pensamiento de la Ilustración dedica a los que no pertenecen al conglomerado de culturas que proceden del tronco grecolatino. Pero no nos extrañemos de que así acontezca, puesto que la curiosidad intelectual de estos hombres los llevó muchas veces a traspasar las vallas del racionalismo, para asomarse al mundo de lo turbio, de lo inconsciente, de lo misterioso. Desde los experimentos de Mesmer y de Cagliostro se va a los ensueños de William Blake y los aquelarres de Goya. Por esta razón, acaso, el mundo extremo-oriental aparece como un horizonte apasionante que, de algún modo, complementa la visión del mundo de Occidente. Análogamente, la visión universalista de los «ilustrados» se negaba a la visión romanocéntrica, que giraba en torno al catolicismo, especialmente en la religión entendida como una organización socioadministrativa, la Curia romana. Recuérdese, por ejemplo, la visión de Voltaire en *L'Ingénu*, cuando presenta irónicamente la sorpresa de un indio canadiense que, transportado a Europa, descubre que la moral eclesiástica que se le